

# **JESÚS MORALES BERMÚDEZ, NARRADOR**

---

**Vicente Francisco Torres\***

---

## **RESUMEN**

El presente trabajo es un repaso de la obra creativa del antropólogo y novelista Jesús Morales Bermúdez. Ante el paso del tiempo, Bermúdez decidió hacer un alto en su camino de escritor y revisar para reeditar sus cuentos y novelas. Este texto se ocupa, fundamentalmente, de sus novelas, y deja al margen su trabajo de cuentista y traductor.

## **ABSTRACT**

It is a review of the literary production anthropologist and novelist Jesús Morales Bermúdez had. As time went by, the writer decided to stop to edit again his stories and novels. In this essay the focus is on his novels, putting aside his stories and translations.

---

## **PALABRAS CLAVE**

Novela, cuento, relato, narrativa indigenista, autobiografía.

## **KEY WORDS**

Novel, short story, story, "indigenista" narrative, autobiography.

---

\* Profesor-investigador de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.



académico, luchador social, ensayista y estudioso de la literatura chiapaneca, Jesús Morales Bermúdez (San Cristóbal de las Casas, 1947) es, ante todo, narrador. La Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Juan Pablos Editores y la Universidad Intercultural de Chiapas publicaron, en 2007, su *Obra literaria reunida*, que aparte de sus valores literarios ofrece un recuento histórico de los agravios y padecimientos de los grupos autóctonos chiapanecos.

Ese libro voluminoso, más las 412 páginas de *El regreso. Nueva vía de las conversaciones* (Juan Pablos, 2013), permiten un balance de su labor como prosista.

## I

Morales Bermúdez decidió recopilar sus siete libros de creación artística porque ya ha andado más de la mitad del camino de su vida. Se interna en una selva de palabras y advierte que muchas de ellas deben su existencia a la selva vegetal en donde pasó varios años y encontró “el grado más verdadero de la vida” y el “equilibrio con el cosmos y la naturaleza”.<sup>1</sup>

Su *Obra literaria reunida* le permitió atender un asunto sobre el cual hemos reflexionado, él y otros ensayistas y narradores, durante muchos años: pertenece a una generación, los nacidos en la década de los cuarenta, que ha pasado sin bombo ni platillo, sin reflectores publicitarios y que, hasta la fecha, siguen sin recibir una valoración cabal. Ellos vinieron después de la generación de la Onda y permanecieron en la semipenumbra antes de que aparecieran los jóvenes escritores que reclamaron una atención de cantantes pop. En efecto, Jesús forma parte de un grupo en donde están, o estaban, porque algunos ya se fueron, Severino Salazar, Jesús Gardea, Carlos Montemayor, Daniel Sada, Hernán Lara Zavala, Ricardo Elizondo, Gerardo Cornejo y varios más. He escuchado a algún novelista referirse a ellos como generación sándwich, pero yo creo que los términos culinarios

<sup>1</sup> Jesús Morales Bermúdez, *Obra literaria reunida*, p.11. De aquí en adelante, todas las referencias a esta obra, llevarán las páginas entre paréntesis, dentro del cuerpo del texto, sin hacer llamadas al pie de la página.

tienen su ámbito y a la literatura hay que tratarla sin epítetos fáciles, con palabras no lexicalizadas.

En 1973, Jesús Morales Bermúdez llegó a la selva chiapaneca cargando las experiencias del dos de octubre de 1968 y del 10 de junio de 1971. No sabía que iba a pasar cuatro años entre los ch'oles y dos con los tzetzales. Allí leyó *Rayuela*, y *Residencia en la tierra*. Su permanencia con esos grupos y la adquisición de aquellas lenguas le dieron una expresión peculiar, muy suya, que cristaliza en lo que conocemos como estilo, en su caso eminentemente lírico y cargado de una visión del mundo que guarda empatía con las visiones indígenas. Aquella experiencia, que pudo haber tenido como fruto un libro antropológico (el autor cuenta con un doctorado en dicha materia), se convirtió en literatura.

Formalmente, *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones* (1987), primera parte de lo que sería una trilogía, consigna los encuentros que Jesús Morales sostiene con Diego Alfaro Tigre Pescado, quien le habla de lo importante que es el *chulel*, el ente protector de cada persona que fue tema de obras tan destacadas como *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas, y “Quien dice verdad”, de Eraclio Zepeda. Las fiestas religiosas a las que asiste como invitado le merecen también descripciones minuciosas. Hace un largo viaje para llegar a Moyos en donde bebe, baila y reza. Diego sueña que lo persiguen San Francisco, San Juan Bautista y el Santo Diablo, que es panzón para no salir del este-reotipo. La persecución termina en una playa en donde lo defiende San Miguel y, cuando despierta, tendido en su hama-ca, descubre que en sus pies hay arena, y ni en Sabanilla ni en Moyos, por donde ha andado, hay arena. Este personaje piensa que está embrujado o que el diablo le robó su *chulel*, hecho que lo separa de la tradición literaria occidental y lo inserta en el mundo indígena, que también ha elaborado su propia tradición con obras como las precitadas. En este libro, el sueño se integra como si fuera un cuento fantástico pero tiene fuertes consecuencias en la realidad, porque Diego, ante el espanto del robo de su *chulel*, hace peregrinaciones para consultar a personas apropiadas.

Una celestina llamada Lencha le cuenta cosas de la época de Lázaro Cárdenas, de la manera en que los terratenientes se

robaron las tierras ejidales, y cómo los ladinos dirimieron a balazos el monopolio de la venta de aguardiente. Estos temas nos recuerdan que las tradiciones y la miseria chiapanecas han dado obras relevantes como *El callado dolor de los tzotziles*, de Ramón Rubín y cientos de páginas de B. Traven.

Cuando Diego va procurando su curación (una abeja lo picó en un testículo y le inflamó el bajo vientre), llega a Acala, sitio que hicieron famoso Hernán Cortés y José Alfredo Jiménez, y allí encuentra la playa arenosa del río, con las tiendas de lona que había visto en su sueño. La casita en donde se soñó dormido la encuentra ocupada por un niño mestizo que le cuenta un sueño: mientras el Diablo Panzón lo perseguía, tuvo ganas de orinar y, cuando se detuvo a hacerlo, una abeja lo picó en un testículo, como al mismo Diego.

El sueño y su coincidencia propician la curación, pero también le hacen saber que es un sanmigueleño, es decir, adivino y curandero.

Mientras viaja, Diego recibe noticias de la revolución y de la llegada de los protestantes. Ezequiel, su yerno, quiere ir a buscar tierra que trabajar en la selva, pero el suegro le dice que no vaya porque allí moran los terribles caribios, es decir, los lacandones. El yerno, finalmente, se va porque los mestizos fueron despojando a los indígenas de sus tierras hasta ampliar sus ranchos y potreros, todo con la complicidad de las autoridades. Luego los indígenas se agrupan regionalmente, hacen juntas para defenderse y llegan a la organización siguiendo el ejemplo de las hormigas arrieras. Después se dio la represión, con el ejército que apagó los sueños de recuperar las tierras y organizar cooperativas. Inocentes, los indígenas levantaron denuncias que siguen durmiendo el sueño de los justos.

Diego le platica a Bermúdez sus infortunios y sus alegrías, hace memoria de lo que vivió y lo que le contaron y, entre ambos relatos, desliza muchos elementos culturales (religiosos, míticos, sociales, antropológicos). De aquí deriva el estilo oral del libro, que reproduce la manera en que el indígena habla el castellano. El autor es Diego y el escribano es Morales Bermúdez. La escritura no se atiene a la concordancia, a los géneros ni a los números; tiene muletillas y prodiga monotonías, reiteraciones y palabras soeces que cuentan la ofensa pero también expresan el amor, la masacre y la fiesta. El libro no es un docu-

mento antropológico pues su primera intención es hacer, con su trabajo del idioma, un texto literario, aunque sirva de recuento de los daños, como diría Joaquín Armando Chacón.

*Ceremonial o hacia el confín* (1992), segunda de sus dos novelas extensas, relata la fundación de San Juan Chamula con un estilo tomado del *Génesis* pero también de la manera de contar de su primer libro. Guarda relación familiar con el *Popol Vuh* y demás libros precolombinos que narran el comienzo del mundo. La impronta de los santos cristianos se deja sentir de una manera muy peculiar porque parece que un niño juega con ellos como si fueran muñecos:

Porque San Sebastián no es quién para quedarse quieto, es hombre de camino y de chocarrerías. Cuando llegué a Sabanilla me lo encontré allí, atado de un árbol y asaetado tal vez por los caribes. No puede escapar al cumplimiento de sus deberes. Cuantas veces quiera huir, estamos para detenerlo. Es ésa ya obligación de hombres. Si dejamos a los dioses que sigan con sus asambleas, quién sabe si no un día quieran acabar con el mundo y con el firmamento. Mejor estén allí, en sus templos, con nuestras oraciones, trago, incienso y velas. Que ellos también beban para alegría de sus corazones. Que gusten la oloración y sus espíritus se ceben. También San Sebastián, con muchas velas, con mucho incienso, que se le nuble la vista y no mire siquiera los asomos de veredas... (p. 204).

Andando el relato, más que atenerse a una línea argumental, se acendra lo lírico. Los correlatos históricos son ahora la guerra cristera y el progreso, que alcanza a la gente hasta la selva, con la estela de mortalidad que dejan los pesticidas. Los culpables fundamentales son los políticos, que a las costumbres ancestrales oponen siempre la *modernidad*: "cada vez el embate del progreso avanza, y dependemos de la ciudad, de los bancos, de los precios estipulados por el gran comercio. Oponemos resistencia todavía para lograr, ojalá, la permanencia de quienes al cabo de los siglos somos, *hombres verdaderos*" (p. 375), como ya consignó Carlo Antonio Castro. Aparecen nuevamente la revolución y el nacimiento de la Unión de Ejidos. Carlos y su mujer, que se adentran en la selva en busca de una parcela, descubren dos elementos novedosos: la devastación provocada por los madereros y la militarización de la zona, que ha empezado a recibir guerrilleros.

*La espera* (1994) cierra su trilogía novelística raigal, de fuerte compromiso ético. Es el monólogo de Doña Dolor ante el cadáver del tercero de sus esposos; un monólogo desgarrado, que hace un recuento de todos sus sufrimientos y del túnel oscuro que serán sus años finales, sola, con una hija muerta y con el cadáver del único hombre que quiso tener en su lecho. Esta noveleta cierra el ciclo en que vuelven a aparecer los finqueros ladrones y lascivos, los indígenas sufrientes y el ejército que asesina con el pretexto de que combate guerrilleros.

Las novelas de esta trilogía tienen valores específicos: *La espera* guarda una acendrada pureza narrativa; está desprovista de cargas antropológicas. *Ceremonial* refunde todos los elementos (religiosos, sociales, míticos...) que caracterizan la cultura coleta. *Memorial del tiempo*, finalmente, se ubica como una vertiente inédita y moderna del hoy olvidado indigenismo, porque por primera vez la literatura de indígenas sale desde unos ojos mestizos y de una mano que de mestiza se convirtió en india por convicción y por necesidad.

Trescientas páginas de relatos breves, que conforman cuatro libros, constituyen otra materia, diversa e ingeniosa, que se aparta del universo que construyó su trilogía.

## II

En los libros de Jesús Morales Bermúdez asistimos a una mezcla del catolicismo con la visión indígena que recuerda las ideas que Guillermo Bonfil Batalla celebró en *México profundo*. Pero este sincretismo no es lo más importante, sino cómo los elementos culturales pasan por los ojos, o la pluma, de un hombre mestizo. Iba a decir blanco, pero Morales Bermúdez es moreno. Ha vivido entre dos grupos indígenas y conoce su visión del mundo. Así, su obra consta de relatos y novelas que narra una voz y un pensamiento indígena con las herramientas culturales adquiridas en la literatura y en la antropología. Porque sabemos que hubo un indianismo practicado por los mestizos acomodados que quisieron recrear historias rosas en donde el aborigen era bello y su cultura idealizada. Luego vino el indigenismo beligerante al estilo de *El callado dolor de los tzotziles* y *La bruma lo vuelve azul*. El relato de recreación antropológica alcanzó una de sus

cumbres con *Juan Pérez Jolote*. Y hay toda una gama de textos que recogen y recrean leyendas, cosmogonías y etimologías de los grupos autóctonos. Morales Bermúdez ya había antologado textos producidos por grupos indígenas, pero eso no fue suficiente. La organización campesina y el apoyo a la teología de la liberación, lo llevaron a refugiarse en la selva, como han hecho los perseguidos de nuestra historia desde que existieron los grandes imperios, como el de los incas, de quienes huyeron diversos grupos aborígenes para refugiarse en la selva. Otro ejemplo notable es el que ha recreado el escritor guatemalteco Mario Payeras.

La historia y las circunstancias, decía, hicieron que Jesús se refugiara en la selva, entre los grupos autóctonos y aprendiera su lengua y su cultura para salir transfigurado y hacer sus libros que ya no pudieron ser novelas y cuentos mestizos, sino los de un antropólogo con mentalidad chol o tojolobal y expresión castellana, marcada a sangre y fuego por el decir indígena. Así nacen su estilo literario y su expresión cotidiana, que con el lujo de su amistad nos regala una verba encantadora, fraternal, que envuelve todo lo que dice en tonos suaves y en una cordialidad que funciona como una mano franca.

*El regreso. Nueva vía de las conversaciones* (Juan Pablos Editor, 2013) pone a contar nuevamente a don Diego, quien salió de Chiapas y ya lo encontramos establecido en el mercado de Jamaica, en el Distrito Federal, como yerbero. Su vida es un prolongado periplo con paradas en Suiza, Italia, Cuernavaca, Estados Unidos, Chalco, San Luis Potosí, Querétaro, Hidalgo, Coyoacán. Todo este recorrido para aparecer sabio y sereno, dueño de los saberes que le importaban desde su tierra natal: el nagualismo y la sanación.

Navegando en esta dilatada novela, el lector siente que está leyendo unas memorias ficcionalizadas, que detrás de don Diego está la persona de Jesús Morales Bermúdez, a quien se alude en el libro como don Chuz. Prueba de esto es la presencia de Georgia, una alumna del investigador suizo Martin Lienhard, muy amigo de Jesús, a quien don Diego le va contando toda suerte de historias pícaras y sensuales. Con una inagotable curiosidad, Georgia escucha hablar e interroga sobre alimentos, alcoholes, bebidas, sueños, postres, costumbres, ropa, creencias. Si el abate Ramón, quien cambió las sotanas por los cuerpos de las mujeres, gustaba de recordar aventuras sensuales, don Diego

regala su sabiduría adquirida por fondas, restaurantes, tugurios y lechos ajenos. Es la suya una especie de picaresca de nuestros días; sólo que no es un tunante, sino un filósofo, honrado hasta el llanto quien, muy a menudo, le da giros risibles a sus anécdotas:

Nada es casual en la vida, o si lo dijera de otra forma, la vida se construye a base de elecciones encadenadas a momentos de aparente casualidad (...) Platicamos de esa coincidencia, claro, pero ¿dónde estábamos para saber de doña Alejandra, la de menos tiempo en aquel país, que era antropóloga, como don Javier, y a quien don Javier hubiera tenido como alumna en la escuela Nacional! ¡Eso fue de risa! Don Javier le dice: ¡Ah qué Alejandra, tan mexicana, tan mexicana, y casada ahora sí que con un gringo! Qué risa. Tú que decías de hacer tu tesis sobre la inmensa variedad de tamales existentes en el país, pues es el platillo nacional más representativo y sabroso, y ahora puro comer *hot dogs* (pp. 384 y 390).

Entre este manantial de anécdotas, que recrea relatos sacados de los periódicos e ilustra las fotografías (emisarias de la realidad) que ven como innecesarios los pies de foto, destaca el apunte sobre la destrucción de la selva chiapaneca, víctima de la llegada de la técnica al mundo arcádico de ayer.

El amor y la afición a las palabras de parte del abate, de don Diego o de Jesús Morales Bermúdez siempre permiten palpar las cosas, sean alimentos, trastos, yerbas medicinales o los cuerpos de las mujeres. Hay amor y ternura en la caricia de las palabras, que nos orillan a poner como conclusión unas palabras de don Diego que no dudo que suscribiría nuestro autor: “la vida es buena conmigo y estoy contento” (p. 399).

La técnica conversacional de *El regreso* le sirvió al autor para entregar, este mismo año 2013, una novela más: *En el océano oscuro* (Juan Pablos Editor). Bajo la divisa freudiana de que “La mujer permanece envuelta en la oscuridad todavía impenetrable. Sigue siendo un océano oscuro”, narra un conjunto de anécdotas que tienen que ver con los amores de un personaje que se deja interrogar, y responde con sabrosura y picardía, sobre los detalles, nuevamente picarescos, que han hecho su vida amorosa. Sin embargo, las peripecias sexuales están envueltas en una experiencia vital que trasciende lo erótico: “¿Qué es la libertad sino



la elección gustosa del destino?" (p. 61). Y al final del libro, cuando los personajes dialogan sobre lo enredado de la vida, dicen:

—¿Pero es una vida de confusión ¿no?

—¿Y qué es nuestra vida sino la confusión?

Jesús Morales Bermúdez, en este alto que ha hecho en su vida de escritor, ha unido a los señalamientos sociales, los aportes antropológicos y su estilo inconfundible, una vena humorística y sensual que hace sus libros más disfrutables de lo que ya eran.